

## XVI. Lo pequeño es posible

En la última mitad del siglo XX, particularmente en los países industrialmente avanzados, estamos viendo una serie de crisis más allá de cualquier experiencia histórica en la marcha de la civilización occidental... Nunca antes las naciones habían crecido tanto, nunca habían sido las corporaciones tan poderosas, nunca los gobiernos habían alcanzado tales tamaños; nunca los instrumentos, las fábricas, las granjas, las tecnologías habían sido tan enormes; en consecuencia, nunca las crisis habían sido tan agudas.<sup>1</sup>

Estos sacudimientos modernos al cambiar de magnitud han cambiado también de sustancia. El nexo común de todos ellos es el gigantismo que se ha desatado en la economía y la política, en la ciudad y en la cultura, en el crimen y las finanzas, en el sindicato o en la empresa. Desde hace siglo y medio se tiene la idea de que sólo lo que crece es bueno; que mientras más rápido se magnifique una cosa es mejor y si ese crecimiento es exponencial, las cosas son más deseables. En esa visión del mundo, la estabilidad y el crecimiento armónico y saludable son sospechosos de desadaptación o de fracasos. Se confunde crecimiento con desarrollo; la enormidad sustituye a la calidad, al arte, a la moral, a la belleza.

<sup>1</sup>Kirkpatrick, *op. cit.*

Realmente significa mucho para los texanos que su monumento de San Jacinto, en las afueras de Houston, sea un poco más grande que el obelisco de Washington y que su Capitolio en Austin sea casi del mismo tamaño que el Capitolio de Washington.<sup>2</sup>

Una concepción de la vida que tal vez tenga su raíz en la voracidad de riquezas del mundo industrial. Sin embargo, ese dinosaurismo de cosas e instituciones, en un planeta finito, está provocando la asfixia, puesto que un desarrollo ilimitado en un sitio cerrado es una imposibilidad. De ahí el origen de la megacrisis que confronta este último minuto del siglo xx.

Por todo eso, la idea que debe presidir nuestra visión de un nuevo país o de un nuevo continente es la de imponer, o restaurar, la escala humana. Resulta un contradictorio histórico que, en el momento en que los países avanzados se preocupan por la elefantiasis maligna, los países en desarrollo se afanen por alcanzar el gigantismo. En verdad yo no sabría decir si ese crecimiento aplastante es inevitable en los países avanzados, pero creo que puede y debe detenerse en nuestros países donde el naciente gigantismo ya ha causado tan grandes estragos de concentración de riqueza y poder.

El estudio del tamaño ideal de las cosas o de los animales no es nuevo. Ya Aristóteles afirmó que

hay un límite para el tamaño de los Estados, como lo hay para otras cosas, plantas, animales o implementos; porque ninguno de ellos retiene su poder natural cuando son muy grandes o son muy pequeños. Porque o bien pierden su naturaleza o bien se corrompen al ser muy grandes.

<sup>2</sup>John Bainbridge, *The Super Americans*, Doubleday, 1961.

O como ha dicho el profesor Schumacher:

La naturaleza siempre sabe dónde y cuándo detenerse. Más grande aún que el misterio del crecimiento natural es el misterio de la detención del crecimiento. Existe una medida de las cosas naturales; en su tamaño, su velocidad o violencia. Como resultado, el sistema de la naturaleza del cual el hombre forma parte tiende a ajustarse, a balancearse y a purificarse por sí mismo.

Gracias a la técnica —que se dinamizó según sus propias leyes— todo el crecimiento ha sido portentoso pero se favoreció el aspecto contable sin ver el aspecto humano. Vance Packard escribió: “Realmente, ésta es la primera vez en la historia que la necesidad de crecer ha sido proclamada tan conscientemente”.<sup>3</sup>

Por su parte, hablando de la economía, John Kenneth Galbraith reconoció que “no hay ningún lugar que esté demasiado lejos para la moderna corporación”.<sup>4</sup> Mientras que Romano Guardini, el gran jesuita alemán, ya denunciaba a mediados de este siglo el advenimiento de “una cultura no cultural, una naturaleza no natural y un hombre no humano”. Hoy que ya las estamos padeciendo, necesitamos no sólo una economía, sino también una técnica con rostro humano.

Sin embargo, en los tiempos que corren existe la convicción de que el gigantismo es una tendencia inevitable, que así lo exigen las economías de escala y las comunicaciones instantáneas.

Cuando hablamos de las economías de escala vimos cómo la industria mediana o pequeña tenía más capacidad de supervivencia que la gran industria y de ahí

<sup>3</sup>*The Waste Makers*, David Makey Co., New York, 1960.

<sup>4</sup>*The Age of Uncertainty*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1977.

que los grandes se preocupen por vender a menos del costo en ciertos mercados regionales o internacionales para hacer quebrar a sus competidores menores y volver a vender a sus precios de gigantismo ineficaz.

Lo realmente importante en economía no es la producción en masa sino la producción para las masas, lo cual puede lograrse, tal vez más fielmente, en una industria cercana a sus consumidores.

Por otra parte, el gigantismo también es la enfermedad de las ciudades. Los habitantes del Distrito Federal —una de las concentraciones humanas más grandes del mundo— saben la vida inhumana que ahí se padece. Es copia de un sistema de pensar y producir anglosajón. Afortunadamente hay otros mundos y otras posibilidades que hacen la vida más humana. Wilhelm Ropke describió una aldea suiza de unos 30 mil habitantes:

Tiene una fábrica de maquinaria de cien obreros en el centro mismo de la aldea; una fábrica de tejidos y blanqueo de lienzos; una tipográfica moderna; una pequeña fábrica de cerveza, otra de sillas, otra de zumo de frutas, una fábrica de hielo, una quesería, una firma exportadora de quesos, almacenes de madera, una forja de herramientas... además viven artesanos en situaciones prósperas (carpinteros, deshollinadores, toneleros, cesteros, talabarteros, sastres, panaderos, carniceros y jardineros).<sup>5</sup>

Se puede objetar que una situación así requiere educación, capacitación, otro tipo de gobierno municipal y nacional; sin embargo, no hay duda de que lo pequeño es posible y necesario.

Restaurar la dimensión humana en la ciudad, en la industria y en la tecnología tendría efectos curativos

<sup>5</sup>Ropke, *op. cit.*

para muchos males que padecemos en el subdesarrollo; entre ellos:

a) Incorporar a la vida activa a gente que en miles de comunidades esperan a que los remotos gigantes del centro les proporcionen los productos o los dineros para la obra pública y la compra particular.

b) Habría una vuelta de campana en el pensamiento económico. En lugar de pensar en los productos se pensará en los hombres que los fabrican, los siembran o los cosechan. Proyectos como el TLC son un ejemplo colosal de deshumanización en la economía. Se disputa por la apertura de fronteras para productos, se busca desesperadamente el intercambio de manufacturas o de cosechas y, una vez decidido ese objetivo, suelen buscar la forma de que los obreros o los agricultores no salgan muy lesionados. Más aún, el hecho de que se dañe al hombre porque puede perder el empleo o hacer incosteable un cultivo son cosas secundarias, muchas veces irrelevantes. Lo importante es el producto, no quien lo fabrica.

c) Mantener a los jóvenes en su lugar de origen. Tal vez eso ayude a disminuir el alud humano a las grandes ciudades, cloacas anónimas de la frustración. Curiosamente las grandes empresas están sustituyendo la cadena impersonal de montaje para formar pequeños equipos de trabajo. En las grandes ciudades se fomenta la comunidad de cada barrio, las asociaciones de residentes y las juntas de vecinos como una débil contracorriente al gigantismo y a la despersonalización.

d) Dar mayor efecto multiplicador al dinero invertido. La eficacia de un peso, de un bolívar, de un colón, en alguna aldea tierra adentro es mucho mayor que en las grandes capitales. La capacidad del dinero para crear empleos o comprar herramientas es mayor en el taller artesanal, la pequeña industria o el sembradío

personal. Si el capital es el factor que limita el crecimiento de nuestras naciones, resulta lógico buscar el mayor efecto acrecentador del poco dinero que se tenga. Dejar las industrias de capital intensivo a quienes pueden tenerlas y fomentar las actividades de mano de obra intensiva entre los que tenemos brazos con ganas de trabajar.

Ciertamente podemos discrepar en las medidas concretas que se han mencionado, pero muchos coincidiremos en que hay que tomar cambios alternativos. Si no logramos por ahora un acuerdo del tipo de país al que aspiramos, al menos estaremos de acuerdo en el tipo de sociedad que debemos evitar. Las doce tribus que ambulaban por el Sinaí, el Jordán, el monte Carmelo, el valle de Josafat, no sabían con precisión dónde quedaba la tierra de la gran promesa, pero intuían dónde no quedaba y por ello seguían su marcha. A lo largo de este ensayo hemos visto el futuro que no nos conviene y el papel culminante que representa el tratado de libre comercio, no por su valor en sí, sino por todo lo que lo prepara y consume. ¿Vale la pena sacrificar el nombre propio por el anonimato del gigantismo? ¿Sacrificar al agricultor por la agricultura? ¿Provocar un desempleo real por una promesa nunca cumplida? ¿Lanzar obreros al ambulante para que la burguesía consuma delicias importadas? ¿Separarnos de América Latina para incorporarnos a la ciudadela económica norteamericana? ¿Ceder nuestra historia para plegarnos a la estrategia mundial estadounidense? ¿Debe México decir sí a un tratado al que se oponen los obreros de los tres países? ¿Debe aceptar una situación de desigualdad en salvaguardas y defensas? ¿Debemos permitir que los norteamericanos metan la

mano en todos los asuntos internos que les vengan en gana? ¿Debemos perder una identidad, una fisonomía criolla, mestiza, indígena, por el plato de lentejas de un pedacito de mercado?

¿Debe el país sacrificar tanto a cambio de tan poco? Para que quede clara mi respuesta permítanme dar la respuesta en el siguiente capítulo.

¿Debe México sacrificar tanto por tan poco?

(no)